

Ted Hughes

CÓMO LA BALLENA
SE CONVIRTIÓ EN BALLENA
Y OTRAS FÁBULAS

Ilustraciones de
Miguel Macaya

Traducción de
Clara Pastor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *How the Whale Became*

© Ted Hughes, 1963

Publicado con la autorización de Faber and Faber Limited

Dibujos originales de Miguel Macaya

© de la traducción, Clara Pastor, 2019

De esta edición:

©Editorial Elba, S.L., 2019

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

ÍNDICE

Por qué el Búho se comporta
como lo hace · 9

Cómo la Ballena se convirtió
en Ballena · 21

Qué hizo el Zorro para estar
donde está · 29

Cómo la Osa Polar se convirtió
en osa polar · 39

Cómo la Hiena se convirtió
en hiena · 47

Cómo la Tortuga se convirtió
en tortuga · 53

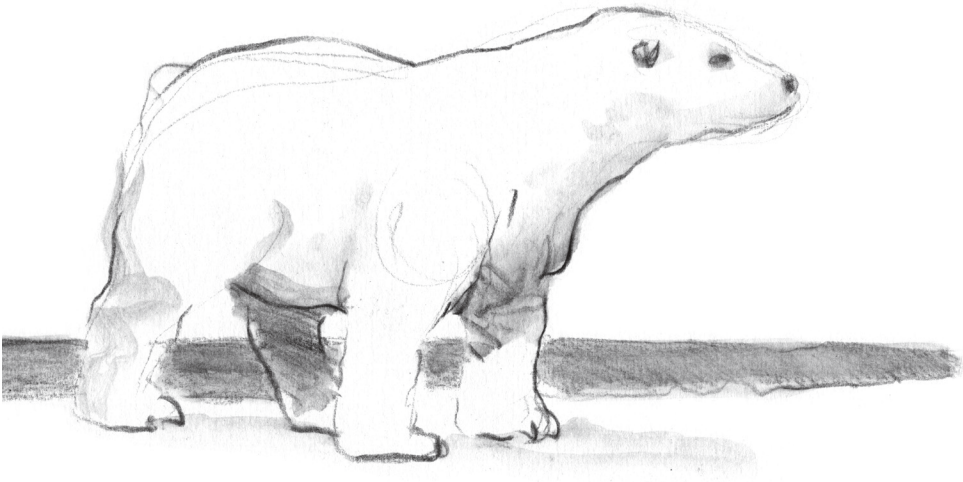
Cómo la Abeja se convirtió
en abeja · 67

Cómo el Gato se convirtió
en gato · 77

Cómo el Asno se convirtió
en asno · 85

Cómo la Liebre se convirtió
en liebre · 95

Cómo el Elefante se convirtió
en elefante · 103



Hace mucho tiempo, cuando el mundo era nuevo, antes de que existieran los animales o los pájaros, el sol se alzó en el cielo y trajo el primer día.

De pronto las flores levantaron la cabeza y miraron a su alrededor asombradas. Luego, por todas partes, de debajo de las hojas y detrás de las piedras, empezaron a aparecer las criaturas.

En aquel entonces, los colores eran mucho mejores de lo que son ahora, mucho más vivos. Y el cielo brillaba más, porque nadie lo había estrenado.

Pero no creáis que todo era fácil.

Para empezar, todas las criaturas eran bastante parecidas entre sí, y muy distintas de lo que son ahora. No tenían ni idea de en qué se convertirían. Algunas querían ser pardillos, otras leones, y algunas querían ser otras cosas. Las que querían ser leones se entrenaban para serlo y, en efecto, poco a poco, lo fueron consiguiendo. Del mismo modo que las que querían ser pardillos, con la práctica, se fueron convirtiendo en pardillos. Y así con todas.

Pero algunas dieron más vueltas antes de convertirse en lo que son...



POR QUÉ EL BÚHO SE COMPORTA COMO LO HACE

Cuando el Búho se convirtió en búho, lo primero que descubrió fue que podía ver de noche. Y lo siguiente, que ningún otro pájaro podía.

Los demás sólo veían de día. Sabían que no servía de nada tratar de ver en la oscuridad, de modo que, cuando el día se hacía noche, cerraban los ojos en el gris del crepúsculo y dormían hasta el gris del alba. Lo hicieron durante tanto tiempo que olvidaron qué era la oscuridad.

El Búho reflexionó sobre ello. Entonces fue a ver a los demás pájaros y les dijo:

–Conozco un país en el que hay granjas, pero no granjeros, y donde puedes comer cuándo y dónde quieras. No hay escopetas, ni espantapájaros, ni hombres. Si queréis puedo llevaros.

Como el Hombre mataba cada día gran cantidad de pájaros mientras buscaban comida en los campos, los pájaros respondieron:

–Parece un lugar seguro, un país tranquilo, hecho para nosotros. Vayamos con el Búho.

El Búho sonrió para sí.

–Bien –les explicó–. Como no tenemos pasaportes, tendremos que cruzar la frontera de no-

che, cuando nadie nos vea. Saldremos al anoche-
cer y deberíamos llegar al alba.

Al caer la noche, el Búho llevó a los pájaros a una madriguera de conejos que había sobre la colina.

–Cogeos todos de las alas –les ordenó–. Yo os guiaré.

Todos los conejos subieron a la colina para ver el nuevo juego de los pájaros. El Búho los llevó hasta el fondo de la madriguera.

–Hum... –dijeron los cuervos–, así que esto es la noche.

Abajo estaba tan oscuro que los pájaros no veían ni sus propios picos. Se agarraban al ala del pájaro que tenían delante y lo seguían ciegamente. El Búho los llevó de un lado para otro por las curvas y recovecos de la madriguera durante unos cinco minutos. Para entonces, a los pájaros, que no estaban acostumbrados a andar tanto, les parecía que llevaban horas viajando.

–¿Falta mucho? –piaban las golondrinas–.
¡Ay, nuestras pobres patas!

Finalmente el Búho gritó:

–Alto, voy a comprobar que el camino es seguro.

Se asomó a la salida de la madriguera y miró a su alrededor. Estaba más oscuro que cuando

habían entrado hacía unos minutos, pero todavía no era noche cerrada. Al oeste aún se veía una luz pálida.

–¡Hemos llegado! –exclamó entonces–. Ya estamos al otro lado de la frontera, justo cuando empieza a amanecer.

Guió a los pájaros hasta campo abierto. Los conejos volvieron a subir corriendo a la colina y, con una oreja caída y la otra levantada, observaron a los pájaros con expresión perpleja.

–¿Es éste el nuevo país? –preguntaron los pájaros, apiñados unos contra otros, contemplando el paisaje casi negro.

–Éste es. Y esa luz que clarea al este es el alba –respondió el Búho.

Los pájaros, desorientados por la oscuridad de la madriguera, no reconocían en la negrura de ahora el paisaje que les era tan familiar de día. Creían todo lo que el Búho les decía.

Éste los guio colina abajo hasta una granja.

–Pero parece que cada vez está más oscuro –dijeron de pronto las palomas.

–Ah, me alegra que os deis cuenta de ello –contestó el Búho–. Olvidé decíroslo. En este país, el día es más oscuro que el alba.

Sonrió para sí, mientras los pájaros se miraban unos a otros, consternados.

–Pero ¿y las noches? –graznaron–. ¿Si el día

es más oscuro que la noche, como serán de negras las noches?

El Búho se detuvo y se los quedó mirando. Aunque no le veían la cara, sabían que hablaba en serio.

–Aquí la noche es tan oscura, tan terriblemente oscura, que es imposible que un simple pájaro sobreviva después de mirarla. Sólo una cosa os mantendrá con vida. Cerrad los ojos en el preciso instante en que veáis aparecer el primer gris en la oscuridad del día. Y mantenedlos cerrados hasta que yo os despierte con el gris del alba. Un solo atisbo de oscuridad os mataría.

Y sin decir una palabra más los llevó hasta el corral.

Las luces de la granja estaban apagadas. El granjero dormía. Reinaba el silencio.

–Aquí estamos –susurró el Búho–. Tal como os prometí. Ahora comed.

Los pájaros rascaban y picoteaban, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Al final aprendieron a encontrar el grano palpándolo con las patas. Pero era un trabajo ingrato y lento.

Mientras, el Búho los observaba desde una esquina del corral. Cuando sentía hambre, desplegaba las alas, se lanzaba sobre un ruiseñor o un mosquitero y lo engullía. Estaba tan oscuro que el resto de los pájaros no se enteraban de nada.

«Esto es mucho mejor que las ratas, los escarabajos y los ratones», decía para sí el Búho, limpiándose la sangre del pico. Cuando el primer gris del alba aparecía en el cielo, el Búho estaba más lleno de lo que había estado en su vida.

Entonces gritó:

–¡Deprisa, deprisa, anochece! Todos a la cama, cerrad los ojos antes de que llegue la terrible oscuridad.

Tropezando entre sí y chocando con las cosas, los pájaros corrieron hacia la voz del Búho. Cuando los tuvo a todos agrupados los llevó hasta un bosquecillo lleno de zarzas.

–Aquí podréis descansar –les dijo–. Cuando amanezca vendré a buscaros.

Y así, al despuntar el gris del alba, los pájaros cerraron los ojos, convencidos de que lo que les había dicho el Búho era cierto y de que aquello era el gris del crepúsculo. Apretando los párpados, permanecieron arracimados en pequeños grupos bajo las zarzas mientras duró la luminosa claridad del día. Algunos estaban demasiado asustados para dormirse, pero ninguno se atrevía a abrir los ojos. «Una sola mirada a la noche y sois pájaros muertos», les había dicho el Búho.

Entretanto, el Búho dormitaba feliz y contento en la cavidad oscura de un árbol. Estaba muy

satisfecho de sí mismo. Para él se habían acabado las ratas, los escarabajos y los ratones.

Al anoecer dio un grito para despertarlos:
–¡Ahí viene el alba, es hora de comer!

Y los llevó de vuelta a la granja, donde todo volvía a ser como la noche anterior.

Así fue engordando el Búho, y mientras los pájaros eran cada día más desdichados, él estaba cada vez más ufano.

Los pájaros estaban cansados de arañar la tierra del corral a ciegas. A veces conseguían encontrar grano, pero las más tragaban carbonilla: los gallos y las gallinas lo picoteaban de punta a punta durante todo el día y no dejaban gran cosa para ellos.

Y cuando los pájaros se dormían, lo hacían aterrorizados, no fuera que en sueños abrieran los ojos sin darse cuenta y vieran la oscuridad mortal. Era agotador. Además, el Búho no dejaba de alertarlos sobre el peligro que corrían.

–Un solo vistazo a esa oscuridad y sois pájaros muertos –repetía sin parar.

Sólo con que un pajarillo hubiera entreabierto un ojo durante un segundo, habría descubierto que esa oscuridad mortal no existía. Habría visto el sol y el campo que conocía como la palma de la mano. Pero el Búho se aseguró de que ninguno lo hiciera.

Los pájaros adelgazaban: se les empezaron a caer las plumas, les dolían las patas de tanto tropezar a tientas y las alas de no usarlas nunca. El nuevo país no les gustaba.

Empezaron a quejarse entre ellos.

Y, finalmente, un atardecer que el Búho los despertó con el grito de siempre: «¡Ahí viene el alba, es hora de comer!», todos se acercaron y le dijeron que no podían más.

–Por favor, llévanos de vuelta a nuestro país –le pidieron los pájaros.

El Búho estaba preocupado. Quería seguir teniéndolos sometidos. No quería volver a comer ratas, escarabajos y ratones.

Entonces se le ocurrió una idea.

–Tenéis razón –admitió–. Éste es un país bonito y seguro. Pero, como bien decís, aquí cuesta ganarse la vida. Busquemos el agujero por el que llegamos y regresemos al nuestro.

Los llevó hasta la entrada de la madriguera en la colina. Era casi de noche.

–Ahí están otra vez los pájaros jugando a ese juego –dijeron los conejos, y subieron corriendo a observarlos.

–Veamos –dijo el Búho–. Llegamos por uno de estos agujeros, pero no recuerdo cuál de ellos era. ¿Alguno de vosotros se acuerda?

–Creo que podía ser éste –aventuró el Cuco.

–O quizás éste –replicó el Chochín.

–Probémoslos todos –concluyó el Búho.

La mayoría de los pájaros no se atrevía a entrar por miedo a perderse, y los que entraron no tardaron en salir de nuevo.

–Éste trae de vuelta aquí –decían unos.

–Y éste también –decían otros.

El Búho fingió estar muy afligido.

–¡Ay, Dios mío! Nos hemos perdido por mi culpa –exclamó. Luego, haciéndose el valiente, añadió–: Puesto que no nos queda más remedio que quedarnos, saquémosle el máximo partido.

Y los llevó de nuevo al corral en busca de comida.

Así siguieron durante casi un año.

Por fin los pájaros decidieron que ya no podían soportarlo más, eran demasiado desdichados para seguir viviendo.

–Esto no es vida –comentaban entre ellos.

–Muramos valientemente, todos a la vez –propuso el Petirrojo–. Será mejor que seguir viviendo así.

–Pero ¿cómo? –preguntó el Chochín–. ¿Cómo podríamos morir?

–Abramos los ojos para ver la oscuridad mortal. El Búho dijo que nos mataría –respondió el Petirrojo.

Esa noche, los pobres infelices siguieron al Búho por última vez. Los llevó al corral como de

costumbre y se colocó en su lugar de vigía. Pero en vez de buscar comida, los pájaros se apretaron todos juntos en el centro del corral. Habían tomado una decisión, pero como el Búho aún no lo sabía, los miraba desde arriba igual que siempre. Hasta que quedamente los pájaros empezaron a cantar sus viejas canciones.

—¿Qué os pasa?—gritó el Búho—. ¡Si no coméis, os moriréis de hambre!

Pero los pájaros no le hacían caso. Siguieron cantando, con sus voces débiles y hambrientas. Hacía mucho que no cantaban. Ahora lo hacían muy bajito, y de un modo muy triste.

Aunque era una noche clara, de luna llena, el Búho no pudo cazar un solo pájaro. Ni siquiera los que estaban en los bordes del grupo, de tan apretados como estaban unos contra otros. Así siguieron cantando toda la noche.

Cuando amaneció, el Búho estaba furioso.

—¡El alba!—gritó—. ¡Hay que volver a la arboleda! Ya llega la oscuridad mortal.

Estaba muerto de hambre, pero había tenido una idea: entraría a hurtadillas en el bosquecillo mientras los pájaros dormían apretando mucho los ojos bajo las zarzas y entonces comería hasta hartarse. Se comería un zorzal, luego un escribano cerillo, un verderón y cinco herrerillos...

–¿A dónde vais?! –gritó.

En lugar de seguirlo hasta la arboleda, los pájaros empezaron a subir por la ladera. Siguiendo el terreno ascendente, llegaron hasta lo alto de la colina. Rodeados del paisaje oscuro, se agruparon bajo los tres olmos que había en la cima y miraron hacia la primera línea de gris que asomaba al este. Y allí volvieron a entonar sus viejas canciones.

La oscuridad mortal enseguida empezó a esparcirse por el cielo, o eso creían mientras miraban fijamente el brillo del alba, abriendo los ojos tanto como podían para absorber sus rayos letales.

Pobrecillos, estaban tan cansados de sus vidas.

Morir así era mejor que vivir como lo habían estado haciendo, yendo sólo a donde los llevaba el Búho, siempre a oscuras, arañándose las patas hasta sangrar por cuatro granos de nada.

Cantaban y miraban fijamente el alba. A cada instante esperaban que apareciera el primer rayo asesino de negro en el levante iluminado.

En un extremo del campo el Búho se golpeaba la cabeza con las alas. Sabía cuál sería el resultado. En unos minutos saldría el sol y los pájaros reconocerían el paisaje que los rodeaba.

–¡Venid aquí, tontorrones! –gritaba–. Vais a morir como moscas. ¡Vamos, es hora de volver a casa y cerrar los ojos!

Pero los pájaros ya no escuchaban nada de lo que el Búho les decía, sólo querían morir.

Poco a poco al despuntar el sol tiñó de rojo el cielo, y entonces la Alondra chilló dando un salto en el aire.

–¡Es el sol! –gritó–. ¡Es de día!

Desde detrás de un endrino en los márgenes del campo, el Búho los miraba con rabia. Agachó la cabeza, abrió las alas y voló a ras de suelo, enfurecido. Pero aunque volara bajo, los pájaros lo vieron.

–¡Nos ha engañado! –gritaron–. ¡Huye! ¡Huye, el muy embustero!

Volaron tras él en bandada, chillando y graznando. Cuando llegaron a su árbol, le pegaron con las alas y le arrancaron las plumas. El Búho se escondió en el fondo de su agujero.

Los pájaros se posaron en la copa y siguieron cantando.

Y así es hasta hoy.

Cada mañana los pájaros cantan y el Búho regresa a su oscuro agujero en el árbol. Cuando lo ven, los pájaros lo acosan, porque recuerdan cómo quiso engañarlos. Por eso el Búho sólo se atreve a salir de noche, a rapiñar su miserable sustento de ratas, ratones y escarabajos.

